



**La lluvia**  
sobre  
**El fuego**

**GIOVANNA BENEDETTI**

# La lluvia sobre el fuego

Cuentos

GIOVANNA BENEDETTI

Fotografías  
Jorge Póo

EDICIONES DOCE CALLES

## ÍNDICE

Lectura profunda de <i>La lluvia sobre el fuego</i> .....	9
<i>Carlos Garrido Chalén</i>	
La lluvia sobre el fuego.....	17
Un olor a violetas.....	27
La vuelta de Fajardo.....	35
Ellos.....	47
Laberinto.....	53
El ardid de la palabra.....	63
La mirada del retorno.....	73
El notario.....	81
El fuego sobre la lluvia.....	95

## Lectura profunda de *La lluvia sobre el fuego*

La narrativa de Benedetti en el libro mencionado es simple, sencilla, no echa mano a subterfugios de la lengua, por el contrario, su riqueza está en términos de situaciones inesperadas que parten de la cotidianidad, enmarañando acciones y llevándolas al plano de lo absurdo, lo sorprendente, características que son propias del cuento. Para ello, esculpe con detalles de filigranas la psiquis de sus personajes y los cambios transicionales que sufren en el mundo de las emociones. El libro inicia con el cuento que le da nombre, **La lluvia sobre el fuego**. En él se respira banalidad, traición y sobre todo, rencor de la mujer engañada que decide poner fin a la fuente de su angustia, es decir, a su marido infiel o a ella misma. Los detalles de las situaciones semejan un capítulo de una novela negra vivida mil veces. La autora logra irradiar la injusticia del engaño y la farsa masculina a niveles de llevar al lector por un sendero adornado de odios.

El cuento **Olor a violetas**, uno de los de mayor peso en el libro, nos muestra la versatilidad de la autora en el manejo de estas situa-

ciones simples que hemos mencionado previamente y que encierran posibilidades humanas muy complicadas, tal como es en sí, la Naturaleza del Hombre. Lugares comunes y sencillos, escenas hasta rutinarias, llevan nublado de dudas e incertidumbres que el lector debe desmascarar. Se puede adivinar en este texto alguna influencia de Julio Cortázar dada esta característica de desdoblamiento de lo real en un túnel de posibilidades con puertas abiertas y cerradas a lo largo del mismo. Esta capacidad de colocar al lector en una situación en la cual puede especular mientras lee, desentrañando su propia historia paralela, hace de un cuento como el mencionado, una pieza interesante.

La paulatina narración que lleva de menos a más un impulso sexual derivado de pequeños detalles y coqueterías es un atributo de este cuento, el cual lleva la rareza cíclica de una espiral. Un final natural pero contundente, prepara al lector a enfrentar (o preferir) su propio final abierto, donde el olvido se encargará de fulminar cualquier salida que no sea un vacío.

**La vuelta de Fajardo.** Tal como el epígrafe de Roa Bastos sugiere<sup>1</sup>, los dictadores latinoamericanos son monstruos que pretenden ser resucitados, revividos, reincorporados a sus pedestales donde generalmente, por la fuerza y el poder vertical ejercido sobre las sociedades, lograron ser encaramados. Pero la historia particular de cada pueblo tiene elementos comunes cuando se trata de estos fantasmas que abundan en nuestras páginas y en nuestras memorias, y si no, que le pregunten a los muertos que nutren los suelos de los campos, los cementerios y el fondo de los mares, desde el frío glacial chileno y argentino, hasta las húmedas oquedades de Centroamérica y México, sin olvidar las transparentes y floridas costas del Caribe. Todo esto quedó plasmado en sendas publicaciones de la literatura latinoamericana que hoy doy por obvias, entre otras *Yo, el supremo*. A ese cúmulo de páginas y páginas de historias de abusos absurdos, se incorpora este cuento de Giovanna Benedetti. Un cuento que no sobra en este vasto continente. El símbolo de la explosión al momento de la resurrección es una metáfora obligada, tan grotesco como grotesca es la vida de los gorilas dictadores a los cuales el cuento llega a esbozar. No menos importantes los adláte-

res que se empeñan en mantener la gloria del poder, aún a costas de carne podrida y maloliente del cadáver político. Con esa supervivencia va la propia, la de los satélites del mandato, de la vida abusiva construida sobre los cadáveres de los prohombres. El dictador es sumergido en acompaña, una era de entrega de soberanía nacional a la soldadesca norteamericana. El personaje Augusto, es la caricatura del político corrupto, entreguista, mal llamado «Prócer de la Patria» que algunos desean revivir para su propio provecho. La narración es complementada con enmarcados avisos de prensa que como recurso adicional, resultan justos e ilustran la sátira. Aunque aparentemente excesivo el doble final, el primero la explosión, el segundo, el nuevo intento de resurrección, resulta indispensable para concretar la moraleja de la historia: los adláteres seguirán intentando revivir al cadáver hasta lograrlo.

**Ellos** es una dolorosa narración de un hecho violento derivado del extravío mental. Texto que nace confuso y errático, quizás de manera intencional, pero que va aclarando como agua de río en la medida en que se narra la historia, aguas arriba. Es un cuento colmado de una sensualidad contagiosa que va elevándose hasta llevar al lector al clímax literal de un hecho desesperado. Una corta y rápida escena que podría darse en cualquier sala de cualquier hospital psiquiátrico, por tanto, una acción universal potencial. La obsesión de la libertad expresa en la humanización de unos senos apretados tras la bata de una enfermera plasma en detalle, la locura, la esquizofrenia, con una lógica natural y, hasta, obligada. Un final que se sospecha predecible resta importancia a la manera como se transita a él. En ello, la autora ha sido particularmente cuidadosa, no olvidando el camino ascendente que nos lleva.

La solidaridad y el afán de libertad de los senos como entes vivientes autónomos vistos desde la perspectiva de un esquizofrénico, es una idea genial.

La tensión que se desarrolla en **Laberinto** me recuerda los atractivos programas de televisión de Alfred Hitchcock, en los cuales partiendo

<sup>1</sup> «Sentados unos en las rodillas de los otros en el mismo lugar mas no en el mismo tiempo». Yo, el Supremo. Augusto Roa Bastos.

de asuntos usuales se derivaba de manera cada vez más compleja, en absurdos que presentan salidas escasas a sus personajes. En este caso, la fantasía de un niño al caminar como si fuese una rayuela, por mosaicos de un pasillo en una casa en ruinas, trastocan la realidad y terminan llevándolo a una muerte obvia, ya fuera por alimañas, cocodrilos o serpientes de un supuesto ámbito selvático. La destreza al conducir al lector desde la obvia realidad percibida con fantasía desde la mente de un niño hasta la muerte lamentable en una selva intrincada es un atributo de la autora Benedetti.

**El ardid de la palabra.** Con profundas divagaciones reiterativas, quizás algo excesivas, la autora entabla un monólogo obligado: la esposa que cuestiona al marido recientemente fallecido. Dos personas que alcanzan la senilidad, mas no el olvido ni la pérdida de los recuerdos, parecen respuestas enmarcan una danza de reflexiones existenciales que sin duda acabará de manera predecible, en tragedia.

**La mirada del retorno.** Un viaje siempre desprende preguntas y reflexiones, especialmente si se trata de uno largo. La singularidad de un vuelo trasatlántico y las memorias u olvidos en la mente del personaje principal le conducen a una situación de incertidumbre existencial, una vuelta atrás donde se confunden tiempos y espacios. Es una narración metaficcional que incita a su relectura. La autora nuevamente echa mano a la confusión que genera dudas partiendo de eventos cotidianos, para explayarse en los pensamientos de sus personajes y alcanzar un final, no siempre anecdótico o feliz. De esta manera el breve cuento parece ser una espiral que pretende morderse a sí misma mientras asciende en su caracol de dudas, rozando sutilmente, los propósitos de una narrativa de fines mayores, como podría ser la cortaziana.

**El notario.** Progresión podría ser la palabra correcta para describir la manera como la autora va desde la ingenuidad de una acción usual, como lo es el trabajo de mensajería en manos de un aparente inocente muchacho, hasta la irreversible lógica del absurdo que hace que un veterano notario entregue su gerencia a un arribista auténticamente forrado en la solidez de la razón. Una razón equívoca de una lucidez contundente, capaz de desarticular cualquier asomo de re-

clamo o reversibilidad. El texto sugiere escenas kafkianas, por tanto cargado de una angustia absurda que le llega al lector de forma clara. Hay una definición detallada del personaje hábilmente denominado Sócrates, se podría decir que esculpido a la vieja usanza, a partir de un enorme bloque marmóreo y pulso a pulso.

**El fuego sobre la lluvia.** En el último cuento del libro, la angustia y la fatalidad cobran vida en la medida en que avanza el tiempo. El título sugiere un juego de palabras con el cuento inicial, y quizás no sea más que una versión de aquel.

**Gonzalo Menéndez G.**



Esta tarde a las seis, cuando mi marido vuelva a casa, me va a encontrar tirada detrás de la cortina del baño con las venas desangradas y las muñecas abiertas; y aunque sé perfectamente que cuando él llegue estaré muerta, creo que puedo desde ahora adivinarle el recorrido, suponerle el juicio antes del paso: el pulso calculado de una mano en el Toyota asegurando el freno, subiéndole el cristal a las ventanas, la llave en las dos puertas y ya afuera, en el garaje, el gesto fantástico de dejar rodar el mundo por la esquina del recuerdo, con el cuello ladeado hacia la izquierda, como si las líneas de aquel auto en lugar de estar enfrente, le estuvieran brotando a él de la cabeza.

Mi marido regresará esta tarde directamente del trabajo; sin amigos, ni bares, ni *happy hours* de intermedio. Lo sé porque hoy es jueves y la rutina de estos días no incluye el recorrido habitual

de sus festejos. Cuando llegue, se bajará del Toyota silbando *Magia Blanca*, una canción ridícula que le viene dando vueltas en la lengua hace unos años; le dará una patadita a cada una de las llantas, sobará la capota, la pintura inmaculada, el cromo de las líneas sonriéndole a la suma de su esfuerzo convertido en máquina, en metal azul brillante y, con la música en la boca, sacará del maletero la bolsa con la piña que le regaló esta mañana la secretaria de su jefe; recordando, al dejar la tapa nuevamente, que había pensado ajustarle unos tornillos «porque la cerradura no engancha, se me está dañando» –vengo oyéndole decir desde hace días– por lo que buscará hacerse enseguida con su caja de herramientas: abrirá una latita de aceite, desdoblará bajo sus rodillas un trapo desteñido y depositará en el suelo la bolsa con la fruta.

Un cuarto de hora después de estar arrodillado, la penumbra de la tarde le dará la excusa exacta para olvidarse del asunto sin darse por vencido, y subirá las escaleras silbando *Magia Blanca*. La sala estará a oscuras, ni rastro de mi sombra; pero al no verme él creerá que estoy en otra habitación –en la recámara dormida, supondrá tranquilamente– (¿o alcanzará a saber entonces que estoy muerta?). No lo sé; mi marido irá llenando cada esquina de la casa con su canción absurda sin sentir mi silencio; y a través de las paredes del apartamento, la televisión del vecino le hará la voz de fondo y le dirá en ese momento que son las siete en punto.

A esa hora –y aunque sé perfectamente que le tiene sin cuidado lo que diga el noticiero–, irá mecánicamente a encender el aparato porque todo buen ejecutivo debe dar la apariencia de saber cómo anda el mundo, dice el libro; y ya dispuesto, el pecho al aire y sin zapatos, buscará en la cocina una lata de cerveza y se quedará un buen rato mirando la pantalla.

No estaré todavía en su conciencia. Puedo estar a lo sumo atrincherada en uno de esos recovecos de la mente que le suelen anunciar las horas puntas: la cena, por ejemplo.

Pero mi marido aún no tendrá hambre. Los jueves come tarde y además, no hay apuro. Cuando sienta el primer toque de advertencia de sus tripas (a las ocho, más o menos) la fatiga de la hora le dará por acordarse de la piña y buscará el cuchillo grande en la cocina, por todas las gavetas... sin hallarlo. Entonces, y por primera vez desde que puso el pie en la casa, mi nombre surgirá violentamente de sus labios en la mitad de dos carajos, mientras sigue revolviendo los cacharros, gritando y maldiciendo cada vez con más vehemencia. Al final del escándalo, no le quedará más remedio que quitarle la cáscara a la fruta como pueda, con la sierrita del pan que está oxidada.

Comiéndose un pedazo mal cortado de la piña, mi marido entrará al dormitorio con la cólera bailándole entre el pecho y la mirada. Esperará seguramente hallarme arropada en medio de la cama, ajena a sus reclamos y al ímpetu de sus quejas, y al no verme, se quedará unos segundos inmóvil disolviendo su sorpresa antes de avanzar hasta la puerta del baño que encontrará apenas ajustada. Mas no la abrirá inmediatamente sino que se acercará despacio: «¿...estás allí?» –dirá pegando la oreja a la madera para auscultar mejor un ruido extraño que le llegará de adentro

(pluc-pluc-pluc)

«*el grifo abierto*» –pensará– goteando en el silencio.

(pluc-pluc-pluc)

Mi marido irá girando el puño en la cerradurá de la puerta...

(pluc-pluc-pluc)

la empujará despacio...

(pluc-pluc-pluc)

y acto seguido, cerrará la pluma abierta; encenderá mecánicamente la lamparita que está sobre el lavabo y se abrirá la bragueta para orinar despacio. A través del espejo entonces, mirará el azul celeste de la cortina del baño y volteará un segundo la cabeza sobre sus hombros

(¿una sombra haciendo bulto?)

... pero su curiosidad no ascenderá siquiera a la sospecha, y él volverá a pegar la vista a la pared de enfrente, sin saber en ese instante que aquel bulto será yo que quedo allí esperando.

Fuera ya del cuarto de baño, mi marido se dirá que he de estar en la farmacia o en el supermercado, o con la «loca» de la Diana deambulando en cualquier parte... es igual: le dará tranquilamente lo mismo, a juzgar por la mueca de desdén que irá dejando asomar por la punta de los labios, cuando vuelva de servirse un nuevo trozo de la piña y otra lata de cerveza.

La voz de Diana en el teléfono le dirá que no me ha visto en todo el día. Será ella quien llame pidiendo hablar conmigo. «No, no está, pensé que estaban juntas» y colgará dándose cuenta que es extraño, muy extraño, su mujer no sale sola; no a esas horas normalmente... y por primera vez la duda le asaltará el cerebro. Y no obstante, él sabrá que no hay problemas, después de todo una esposa siempre llega.

Mi amiga volverá a llamar y él le dirá lo mismo. Hablarán de cualquier cosa y al oírla, mi marido irá ubicándole a distancia las palabras, cada gesto que imagina, armando y desarmado a Diana como un rompecabezas en el recuerdo. Y enseguida, al cerrar el aparato y como si fuera un trampolín porque las dos son rubias, se encontrará metido en la figura de Roxana (no

quería pensar en ella) y sin embargo... las manos de Roxana, el cuello de Roxana, el escote que llevaba esta mañana, el color de la camisa abotonada al frente. Roxana con los ojos grandísimos sentada en su escritorio al otro lado del pasillo. Roxana entre dos tardes buscando su mirada de perfil, de lejos o de golpe, en una esquina cuerpo a cuerpo.

Y es curioso. La mujer que desde hace unos meses le viene calentando las meninges, no es otra que la misma secretaria del montón que por años ha venido refractándole la imagen sin levantarle un pelo. Jamás la distinguí mayormente de las otras, hasta el día en que ocurrió la coincidencia. Un gesto, cualquier cosa; se encontrarían en la calle, se dirían una palabra diferente... y a partir de aquel instante habría quedado instalada de golpe la sorpresa, el misterio, la química del tacto que le obligaba en adelante a fantasear su rostro, a comprobar su sensibilidad en el juego de las proyecciones, a presentir cómo habría de ir ella perfilándole aquel reto, proponiéndole su estilo e invitándole al encuentro.

Mi marido creyó siempre que aquéello era un secreto y acabó por convencerme, en mitad de mis sospechas, de que esa realidad que yo le estaba adivinando en las pupilas después de estar con ella... no existía. Mientras tanto, yo me fui refugiando en la duda y el silencio, y terminé dócilmente por irme acomodando a la indulgencia.

Como todas.

Y es que en esas circunstancias (a veces pienso que los hombres no lo entienden) para toda mujer hay dos verdades –así como también dos mentiras–. Dos mitades de una misma realidad que una aprende a combinar, a veces sin conciencia: la verdad que se evita a pesar de la sospecha y la mentira que se acoge por encima de la duda. Porque entonces, lo que cuenta es lo que queda: ese

La visión particular de una artista como Giovanna Benedetti es compleja, en particular porque se podría pensar equivocadamente que ha transitado como escritora desde la poesía hacia la narrativa, lo cual no solo no es cierto, sino que podríamos afirmar que ella reside en la poesía, y que siendo de esta manera, esperaríamos que su prosa estuviese plagada de instrumentos poéticos, símiles, metáforas y tantos otros recursos del juglar. Pero encontramos una obra cuentística que explora intimidades y hurga el interior humano a través de exposiciones de situaciones simples y hasta cotidianas, en donde tiempo y espacio no definidos le dan cierto carácter universal a sus cuentos.

*La lluvia sobre el fuego* fue Premio Ricardo Miró en la edición de 1981. En él, Giovanna Benedetti nos cuenta nueve historias sólidas que llevan un sello personal: la universalidad del absurdo narrado en términos simples, sin adornos ni rebuscas, que convierte una acción normal en un hecho fantástico, y allí reside su importancia. Destaca la definición clara de los personajes.

Gonzalo Menéndez



DOCE  
CALLES

